

EL AMOR NO TIENE BARRERAS

Colaboración de Chiara Lubich

Este programa de vida es concreto y esencial. Bastaría por sí solo para crear una sociedad diferente, más fraternal, más solidaria. Está sacado de un amplio proyecto propuesto a los cristianos de Asia Menor.

En aquellas comunidades se había alcanzado la “paz” entre judíos y gentiles, dos pueblos, representantes de la humanidad, divididos hasta ese momento.

La unidad, que Cristo nos da, tiene que reavivarse cada vez más y traducirse en comportamientos sociales completamente inspirados por el amor recíproco. De ahí las indicaciones sobre cómo plantear nuestras relaciones.

“Sean buenos y comprensivos unos con otros, perdonándose mutuamente, como Dios los perdonó en Cristo”.

Benevolencia: querer el bien del otro, es “hacerse uno” con él, acercarnos a él estando completamente vacíos de nosotros mismos, de nuestros intereses, de nuestras ideas, de los prejuicios que nublan nuestra mirada, para acoger sus necesidades, sus sufrimientos, para compartir sus alegrías.

Es entrar en el corazón de quienes encontramos para comprender su mentalidad, su cultura, sus tradiciones y hacerlas, de alguna manera nuestras, para comprender verdaderamente lo que necesitan y saber acoger esos valores que Dios ha sembrado en el corazón de cada persona. En una palabra: vivir por el que está a nuestro lado.

Misericordia: acoger al otro así como es, no como quisiéramos que fuese, con un carácter distinto, con nuestras ideas políticas, con nuestras convicciones religiosas y sin esos defectos o esos modos de hacer que tanto nos chocan. No, es necesario dilatar nuestro corazón y hacer que sea capaz de acoger a todos en su diversidad, con sus límites y miserias.

Perdón: ver al otro siempre nuevo. También en las convivencias más bellas y serenas, en familia, en el colegio, en el trabajo, no faltan nunca momentos de roce, de divergencia, de conflicto.

Se llega hasta no dirigirse la palabra y evitar encontrarse por no hablar, cuando se albergan en el corazón odio y rencor hacia quien no piensa como nosotros.

El compromiso fuerte y exigente es tratar de ver cada día al hermano y a la hermana como si fueran nuevos, sin acordarnos en absoluto de las ofensas recibidas, sino cubriéndolo todo con el amor, con una amnistía completa en nuestro corazón a imitación de Dios que perdona y olvida.

La paz verdadera y la unidad llegan cuando la benevolencia, la misericordia y el perdón se viven no sólo por personas individuales sino por todos juntos, en la reciprocidad.

Y, como en un fuego encendido, es necesario de vez en cuando, sacudir las brasas para que las cenizas no lo cubran, del mismo modo es necesario, de vez en cuando, reavivar explícitamente el amor recíproco, reavivar las relaciones con todos, para que no queden cubiertas por las cenizas de la indiferencia, de la apatía, del egoísmo.

“Sean buenos y comprensivos unos con otros, perdonándose mutuamente, como Dios los perdonó en Cristo”.

Es necesario que estas actitudes se traduzcan en hechos, en acciones concretas.

El mismo Jesús demostró lo que es el amor cuando curó a los enfermos, cuando dio de comer a la muchedumbre, cuando resucitó a los muertos, cuando lavó los pies a los discípulos.

Hechos, hechos concretos: esto es amar.

Recuerdo a una madre de familia africana que había tenido que sufrir la pérdida de un ojo de una hija suya, Rosángela, víctima de un chico agresivo que la había agredido con un palo y seguía burlándose de ella.

Ninguno de los padres del chico pidió disculpas. El silencio, la falta de relación con esa familia la amargaban. “¡Consuélate –le decía Rosángela que había perdonado– he tenido suerte, puedo ver con el otro ojo!”.

“Una mañana –cuenta la madre de Rosángela– la mamá de ese chico me mandó llamar porque se sentía mal. Mi primera reacción fue: ¡Mira, ahora viene a pedirme ayuda a mí, con todos los vecinos que hay; me busca precisamente a mí después de lo que su hijo nos ha hecho!

Pero enseguida recordé que el amor no tiene barreras. Corrí a su casa. Me abrió la puerta y se desmayó entre mis brazos.

La acompañé al hospital, estuve con ella cuando los médicos no se ocupaban de ella. Después de una semana salió del hospital y vino a darme las gracias.

La acogí con todo el corazón. Logré perdonarla. Ahora la relación se ha reanudado, es más, es completamente nueva”.

También nuestra jornada puede llenarse de servicios concretos, humildes e inteligentes, expresión de nuestro amor.

Veremos crecer alrededor de nosotros la fraternidad y la paz.